

El joven y el mar.

Nunca había visto el mar hasta aquel día. La brisa de la mañana que traía ecos de salitre y los amargos graznidos de las gaviotas le abrieron los ojos a él y a sus compañeros. Acostumbrado a despertarse con los latigazos de sus nuevos amos, este nuevo amanecer sirvió de bálsamo a sus maltrechos cuerpos. Cuando trabajaba de pastor en su poblado, acostumbraba a comparar los verdes pastos con un océano lleno de olas azotado por el viento. Le encantaba escuchar las historias que traían los marineros de vuelta a sus casas y estaba decidido a verlo, al menos una vez antes de morir...

- Venga basura, todo el mundo de pie- rugió uno de los esclavistas sacándole de su pequeño momento de ensoñación.

Lo que no entraba en sus planes era acabar muriendo en él.

El entrecocar metálico de las cadenas de los primeros hombres que se ponían de pie marcó el inicio de una nueva jornada, la última en tierra firme. Formaban un grupo muy heterogéneo con gentes de todos los rincones del continente del Este. Los que eran enemigos ancestrales estaban ahora unidos bajo la presión de la misma soga. La única división que existía en sus filas permitía aventurar su futuro una vez llegasen a su destino. Ancianos y niños a la izquierda, mujeres a la derecha, y hombres en el centro; servicio doméstico, prostitución y trabajos pesados.

El puerto de la ciudad olía a guerra, cinco galeones de velas negras, con el tridente como emblema, parecían impregnarlo todo con el aroma almizcle de la destrucción y el caos. Los trámites duraron poco, en condiciones desesperadas las transacciones meramente comerciales tienden a ir rápido. El y otros seis de los varones más robustos fueron asignados a la nave más grande. No se atrevió a despedirse con la mirada de sus hermanas, prefería conservar el recuerdo de sus risas cuando vivían felices. Afortunadamente sus padres habían muerto en el ataque a la aldea y no habían tenido que pasar el sufrimiento del viaje, ni ese dolor punzante del terror que le estremecía todo el cuerpo mientras subía al siniestro barco. El crujir de la madera con su peso llenaba sus oídos con un sonido húmedo y sucio como quejándose. El gélido aire sobrenatural que barría la cubierta hizo que todos los pelos de sus maniatados brazos se pusieran de punta. Sabía que era pasar frío, pero este no era de los que se podía solucionar con una buena manta de lana o una hoguera. Ese día fue la última vez que sus dos ojos vieron el cielo.

La vida como remero en una galera de guerra es uno de los peores destinos que puede sufrir un esclavo. Hambre, sed, dolor y esa pérdida de la noción de tiempo que hace que no te acuerdes de la última vez que fuiste libre. Durante muchas semanas, meses o a lo mejor días, pasó por su cabeza la idea del suicidio. Las cadenas que lo ataban al banco del remo le dejaban pocas opciones y no se veía con el valor para morderse la lengua hasta morir desangrado. Había visto lo larga que podía ser esa agonía y además, la idea de servir de banquete a la criatura que les custodiaba tampoco

le daba muchos ánimos. Jamás había visto a un ser semejante, cabeza de águila, cuerpo de león y aliento de muerte. Sus guardianes la solían tener encadenada para disuadir las ideas de fuga, especialmente cuando el barco se encontraba en mitad de un asalto, aunque les gustaba dejarla libre de vez en cuando para divertirse con la reacción de los prisioneros cuando se despertaban y veían que se estaba desayunando a su vecino de remo.

Lo único que les sacaba de la rutina era las veces en los que asaltaban otra nave en alta mar. Aunque estas maniobras suponían un sobreesfuerzo físico y un incremento en los latigazos, la mínima esperanza que suponía que el ataque acabase mal y fuesen liberados o al menos cambiados de dueño hacía que no importasen las nuevas heridas. Lamentablemente sus amos parecían ser unos piratas bastante competentes y, en la mayoría de los casos, estas acciones sólo acababan con muertes por agotamiento y nuevos candidatos a la tortura.

El mar está lleno de maldiciones y supersticiones y, de haberse encontrado en otras condiciones, sus propios compañeros no habrían tardado mucho en tirarlo por la borda. Aunque no era el tripulante que más tiempo llevaba, si era el que más frecuentemente cambiaba de compañero. Por su lado habían pasado desde hercúleos rubios del continente sur a rudos marinos de piel oscura de las tierras del Oeste pero, por algo que no podía ser solo azar, tenían mucha facilidad para acabar muriendo y no siempre de una forma pacífica.

Era cuestión de tiempo que acabasen atracando de nuevo, pese a las pérdidas humanas, las bodegas de remo empezaban a tener exceso de esclavos, reflejo de lo productivo de los abordajes. Carga inútil, más teniendo en cuenta lo pronto que la vida a bordo degradaba su salud y precio de venta. La primera señal de la llegada a puerto fue la orden de parar y alzar los remos mostrando una actitud no hostil que, nunca que el recordase, había mostrado antes la nave. El resto de maniobras fueron ejercidas casi a modo de ritual manipulando solo las velas, como si se estuviesen moviendo por un laberinto siguiendo un invisible hilo. De vez en cuando el rechinar de la madera de los mástiles, estremeciéndose al verse forzados por el tensar de las cuerdas, marcaba un giro brusco que los movía ligeramente de sus asientos mareándolos y haciendo vomitar a la mayoría, no acostumbrados a que el barco se moviese si no era por la acción de su remar. Cuando la nave dejó de bambolearse y el bullicio de las cercanas calles reemplazo el cansino aullar de las olas todos supieron que habían llegado a puerto.

Por unos días la pesada monotonía de su travesía marítima cambio... guardias más contentos, borrachos y permisivos, raciones menos podridas de lo normal, heridas cicatrizando a salvo del salado salpicar de las olas... Del exterior llegaban los sonidos de actividad frenética y vida propios de una gran ciudad. Ninguno podía entender ni una palabra del idioma que se hablaba en el puerto, les sonaba arcaico, recargado y opresivo pero a la vez extrañamente elegante e hipnotizador. Como a la mayoría de sus compañeros era algo que le daba igual... esas desconocidas palabras eran diferentes de

las vejatorias e imperativas risotadas a las que estaban acostumbrados en alta mar y eso era más que suficiente.

Cuando conocieron a los habitantes de aquella urbe su efímera alegría se disipó del todo. A los pocos días de atracar, un par de hombres bajaron acompañando a una mujer vestida de calle. Sus órdenes, pronunciadas en aquel galimatías lingüístico que les había hecho soñar, encajaban perfectamente con su apariencia. Porte elegante, estirado. Las palabras fluían libremente casi sin marcar ningún nuevo gesto en su duro rostro; esto contrastaba con los guardias que la acompañaban que parecían escupir con mucho esfuerzo, y algo de temor, cada nueva palabra que pronunciaban en el lenguaje de la mujer. Sus grandes ojos rojos se movían meticulosamente entre las hileras de remeros como buscando algo... Por supuesto estos detuvieron su inspección justo a su lado, en los atemorizados ojos de un infortunado comerciante de sedas con muy mala suerte a la hora de elegir rutas marítimas. Los huesudos dedos de la extraña dama le señalaron con decisión y los piratas se dispusieron a desencadenar al desafortunado. Mientras liberaban de las cadenas a su compañero, él pudo notar como a uno de ellos le temblaban las piernas. ¿Donde estaríamos para que nuestros despiadados amos pareciesen tener miedo?

En un instante la mujer se situó en la espalda del infortunado prisionero y, con un gesto mecánico que estaba claro que no era la primera vez que hacía, punzó ligeramente el cuello de su víctima con uno de sus anillos. Un tímido hilillo de rojiza sangre brotó del agujero y se mezcló pronto con sudor y miedo hasta crear una densa mezcla dulzona y de olor desagradable. Como quien prueba una copa de vino, la siniestra dama olisqueó la herida aun abierta y, tras un primer gesto de aprobación, mojó uno de sus dedos para completar el análisis sensorial. La cata le debió agradar pues ese día fue el último que vieron a su compañero.

No fue ese el último personaje grotesco que vieron en su estancia en ese puerto desconocido. Justo la noche antes de zarpar, abrigados por la luz de unos candiles de aceite, un par de esclavistas escoltaron hasta la zona de remos a dos personas fuertemente armadas. Las palabras autoritarias que empleaban eran en el mismo dialecto que las de la bebedora de sangre aunque sonaban amortiguadas por los cascos que vestían. Sus armaduras estaban elaboradas con complicadas formas draconianas y parecían beber directamente de las sombras restando alcance a la luz titilante de las llamas. Como la mayoría de sus compañeros cerró los ojos con fuerzas buscando no verse implicado en lo que quiera que pasase esta vez con esta extraña gente. Pero era imposible no atender a lo que pasaba pues le afectaba a él muy de cerca. Esta vez no venían a llevarse a nadie, estaban dejando a un nuevo remero y el suyo era el sitio más libre que había en la sala.

Una triple ración de cadenas acabó de fijar a su lado al sujeto. Cuando se fue la escolta, una oscuridad cegadora volvió a llenar la bodega. Con una visión casi nula, que sólo dejaba adivinar una enorme figura humanoide, el resto de sentidos se pusieron manos a la obra para identificar a este nuevo incauto. Lo primero que destacaba eran

unos ronquidos muy guturales que parecían más lo de una bestia que los de un ser humano, el olor que desprendía era intenso y complejo una mezcla de sangre y flores que ponía los pelos de punta... no se atrevió a probar suerte con el tacto.

Partieron a la mañana siguiente con los primeros rayos de luz. Nadie, ni siquiera los guardias querían molestar al ser que seguía durmiendo encogido sobre si mismo. El amanecer lo cubría tímidamente como hacía toda la tripulación con miradas furtivas, con miedo a despertar al monstruo fuese lo que fuese. Deshaciendo el camino de entrada, conforme el bamboleo de la nave aumentaba, la naturaleza quiso hacer lo que nadie se atrevía y, tras una ola traicionera el ser despertó con un enorme gruñido ensordeciendo el fuerte ruido del mar. Con un brusco gesto que desestabilizó a todos los remeros de babor, se incorporó una enorme masa de músculos llena de tatuajes y cicatrices, básicamente humana pero desde luego no comparable a nada ni nadie que jamás se hubiese cruzado ninguno de ellos.

- Bajxs masa- grito la criatura en un lenguaje salvaje, muy parecido al de los habitantes del puerto que estaban abandonando.

Los guardias, tan asustados como el resto tardaron unos segundos en reaccionar, retraso que el pseudohumano aprovechó para rodear con las cadenas a un robusto remero de la fila de delante y, con la maestría y naturalidad que sólo puede tener un asesino profesional, le rompió el cuello. El pobre aun estuvo unos segundos escupiendo vida por la boca con un dolor que nadie podría imaginar jamás. Los esclavistas soltaron de sus cadenas y azuzaron al águila-león contra el salvaje encadenado. Con una agilidad sorprendente, este se zafó de la criatura y se dispuso a matarla, estrangulándola mientras tensaba sus desmesurados músculos lo que dejaba ver blasfemos tatuajes que parecían inyectarle una furia asesina. Lo habría logrado, sin ninguna duda, de no ser por la media docena de guardias que bajaron a reforzar a sus compañeros con las espadas desenfundadas.

Resoplando como un toro, al verse superado tan ampliamente, liberó a su moribunda presa y la lanzó al fondo del barco.

- Bajxs masa- volvió a gritar como dando explicaciones de lo que no tenía lógica alguna para nadie que estuviese algo cuerdo.

Una figura, mejor vestida que el resto y que luego descubriría que era el capitán se abrió paso entre sus hombres. Sin apartar la vista de los ojos inyectados en sangre del sujeto, extrajo una pequeña botellita de los pliegues de su túnica. El salvaje reaccionó bajando un poco la guardia y acercándose como un corderito hacia el hombre que dejó caer un par de gotas en su garganta y escondió de nuevo el frasco entre sus vestimentas. Como por arte de magia el ser dejó de mostrarse hostil y, acompañado por un par de temblorosos guardias, volvió a su sitio.

Este mostró ser extremadamente dócil desde aquel momento y aunque era un esclavo, estaba claro que no era como los demás. Se esforzaba siempre al máximo

aunque no le diesen latigazos y recibía la visita periódica del capitán que le seguía dosificando el extraño brebaje. No se podía decir que acabasen siendo amigos, el dudaba que un ser así pudiese tenerlos alguna vez, pero si es cierto que compartir asiento de remo durante mucho tiempo acaba por crear cierto tipo de vínculo.

- Yo llamar Yuus- se presentó un día.

Ojalá no lo hubiera conocido nunca... Aunque la verdad es que se dormía más tranquilo sabiendo que algo así esta más de tu lado que del enemigo.

La monotonía volvió durante muchos días hasta que arribaron a un nuevo puerto. Allí dejaron al ser y, para su sorpresa, nuestro protagonista fue liberado de sus cadenas. Su mundo se había visto reducido durante demasiado tiempo a aquella húmeda bodega por lo que disfruto de cada segundo que duro el pequeño paseo hasta el camarote de oficiales. En este el capitán estaba acompañado por un siniestro hombre con solo un ojo y los labios cosidos que estudiaba unos viejos pergaminos con dibujos similares a los tatuajes de Yuus.

- Este es su compañero- afirmó el guardia que lo escoltaba mientras le propinaba un porrazo en la cabeza dejándolo inconsciente.

Y eso es lo último que pudo recordar plenamente. El resto de hechos quedaron para siempre inmersos en una nebulosa de olvido y dolor donde sólo pequeños retazos de consciencia arrojaban algo de luz, como cuando estas sumido en un sueño muy profundo en el que no puedes distinguir la realidad de la ficción. Cuerdas, narcóticos, cánticos, dolor, más canticos... Se despertó a las horas con una de sus cuencas oculares ocupada por "algo". Esa es la mejor definición que podía darle, le ayudaba a enfocar como un ojo pero estaba claro que no era uno de los suyos pues tenía voluntad independiente y palpitaba con otro ritmo. Un compás profundo e hipnotizante que parecía dictar el movimiento del resto de su cuerpo.

- No intentes resistirte.- En su cabeza escuchaba una voz profunda que parecía venir de la figura con la boca cosida, aunque esta no movía los labios.-Tu alma ahora nos pertenece, así que has de cumplir nuestras órdenes.

Mientras sus entumecidos músculos recuperaban la movilidad, las palabras se le clavaban como un hierro al rojo en su cerebro produciendo un dolor indescriptible. Aun así no se vió capaz de gritar, pues le faltaba el aire y le costaba hasta respirar.

- Sigue al "extranjero entre los extranjeros" y no lo pierdas de vista. Un día será muy importante para los nuestros si la profecía es cierta y hemos de conocer sus pasos.

Abandonó el barco y se adentró en la oscura ciudad a la que habían llegado. Durante un instante pensó en arrojarse al mar y acabar con este grotesco trabajo pero sus pies giraron en sentido opuesto guiados por una energía desconocida hasta ahora por él. Si

había cosas peores que servir como esclavo en una galera en ese mundo, estaba a punto de descubrirlas en su nuevo viaje.